

Con la luz de la bujía  
 Así pensaba y decía  
 Margarita en su interior  
 « ¿Conque hay fiestas y banquetes,  
 • Y nocturnos galanteos,  
 • Y deliciosos paseos  
 • De esta pared más allá?  
 • ¿Conque esta toca de lana  
 • Cambiada en perlas y flores  
 • Hará mis gracias mayores,  
 • Y más hermosa me hará?  
 • ¿Conque aquellas relaciones  
 • De encantos que yo leía  
 • Y que apenas comprendía,  
 • Ni comprendo, ciertas son?  
 • ¿De aquellas magas fantásticas,  
 • De aquellos bravos guerreros  
 • Y gentiles caballeros  
 • La historia no es ilusión?  
 • Y se encuentran y combaten  
 • Por bizarras hermosuras,  
 • Y corren mil aventuras  
 • Por agradarlas mejor;  
 • Y ellas viven en palacios,  
 • Y vagan por sus jardines,  
 • Y celebran con festines  
 • La ventura de su amor.  
 • ¡Oh! ; Que ese hombre me lo ha dicho  
 • Sí, sí, negros son mis ojos  
 • ; Y esta toca me da enojos  
 • Y me hace fea tal vez!  
 • Él me lo dijo ; ¡hijonja!  
 • Mas probemos, me la arranco ;  
 • ¡Oh, como el armiño blanco  
 • Mi pecho.... ; Blanca mi tez!

• Blancos mis brazos redondos,  
 • Mis mutilados cabellos  
 • Son de azabache... y en ellos  
 • Puesta aunque mal esta flor!  
 • ¡Cuán bien me va!... ; Oh, soy hermosa!...  
 • Y encerrada me consumo,  
 • Y se pierden como el humo  
 • Mis días de más valor.  
 Así desnuda al espejo  
 Presentando su hermosura  
 Margarita, en su locura  
 Deseó la libertad,  
 Y acosada por tan varios  
 Pensamientos tentadores,  
 Los deleites seductores  
 Amó de su vanidad.  
 Y desde esa triste noche  
 Cabizbaja y distraída  
 Sintió su fe decaída,  
 Estéril su religión ;  
 Y allá muy léjos del claustro  
 Perdido su pensamiento,  
 Para huir no tuvo aliento  
 La terrible tentación.  
 Y pasaron muchas noches,  
 Y Don Juan siguió viniendo  
 A la reja, y siguió oyendo  
 Margarita al seductor,  
 Y con las dulces promesas  
 Del galán adormecida,  
 Suspiró por otra vida  
 De deleites y de amor.  
 Que era el mozo muy astuto,  
 Y era muy cándida ella,  
 Y era la monja muy bella

Y el rondador muy audaz;  
Las noches eran oscuras,  
Las citas muchas y en calma,  
Y el amor prende en el alma  
Con la chispa más fugaz.

¿Y quién explica aún queriendo  
El efecto poderoso  
Con que un coloquio amoroso  
Cambia al fin un corazón?  
¿Y quién los medios explica  
Con que nos sale al encuentro  
Un amor que enciende dentro  
El volcán de una pasión?

¿Qué puede hacer Margarita  
Si lo ignora aunque lo siente?  
Como víctima inocente  
Ir, dejarse arrebatar,  
Hacer dentro de su pecho  
Sus creencias mil pedazos,  
Y de Don Juan en los brazos  
Caer, al pie del altar.

Y cayó: que en una noche  
Por Don Juan determinada  
Debía la desdichada  
Con él la fuga emprender,  
Y oyósele en la sombra  
Darse la cita postrera,  
Y acabar de esta manera,  
Ya cerca de amanecer.

*D. Juan.* No hay más medio, Margarita.

*Margarita.* Mañana, pues.

*D. Juan.* Tanto monta  
Un día antes; estad pronta.

*Margarita.* ¿Con que á las dos?

*D. Juan.* A la dos.

*Margarita.* Por el huerto.

*D. Juan.* Estaré á punto.  
Traeré una escala pequeña

Y al dar las dos me haréis señá.

*Margarita.* Ya haré cuanto os plazca á vos.

*D. Juan.* Pues adios.

*Margarita.* Idos tranquilo  
A dormir, y hasta mañana.

Y se cerró la ventana,

Y entró en su casa Don Juan;

Y dicen que entre la puerta

Quedó á la reja mirando,

Su posición meditando

Tal vez con algo de afán.

Mas al fin dijo perdiéndose

Por una escalera estrecha:

• Pues, señor, es cosa hecha:

• ¿Mas me ocurre una cuestión!

• Dineros... ¡Bah! tiene padre

• Dentro su alcoba una arquita,

• Y há un año que la maldita

• Me está dando tentación.

• ¿Con que, Don Juan, no hay cuidado!

• Vendrá Dios y medrarémos.

Y asiendo los dos extremos

De la sábana á la par,

Con un movimiento rápido,

Se hundió Don Juan en su lecho,

Y durmió tan satisfecho

Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh religion consoladora y bella,  
Feliz mil veces quien á tí se acoge  
Y el norte sigue de tu fija estrella,  
Y tu divina luz constante adora!  
Que en la fiera borrasca asoladora  
De esta vida de llanto y de pesares,  
Nunca extraviado perderá la huella  
Del *más allá* que empieza en los altares.

Sí, misteriosa religion, tú tienes  
Consuelos para el triste, y alegrías  
Para quien cuenta sus tranquilos días  
Por venturas y bienes!  
Tú tienes el azote del malvado,  
La corona del justo,  
La palma de la virgen inocente;  
Y esperanza del náufrago postrado,  
Y ánimo del soberbio delincuente;  
Siempre se ve brillar allá en la altura  
El vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano  
Indignado recorre el mundo inicuo  
Y aparta dél su poderosa mano,  
Y las razas maldice  
Torpemente mezcladas,  
De su Dios y sus origen olvidadas;  
Si agita sus caballos iracundos  
Y su carro de fuego airado lanza  
Por medio de los mundos,  
Y encima de las turbas insensatas  
Reventan las henchidas cataratas,  
Al justo salva, y luégo,  
Tornando compasivo á la bonanza.  
De su ira celestial matando el fuego,

En prenda de salud y de sosiego  
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Gólgota pendiente  
Tinto en su sangre con horror espira,  
A la precita gente

Con tiernos ojos espirando mira:

Y conociendo que quien tal le puso  
No merece perdon por parte suya,  
A su madre infeliz les encomienda.

• Vuestra madre mirad, » dijo muriendo,  
• Esa de mi bondad última prenda,  
• Si algun dia verteis sincero llanto,  
• Por vosotros pidiendo,  
• Para salvaros del azar tremendo  
• Real protectora os tenderá su manto. »

Y á tí, madre amorosa,  
Los tristes ojos con afán volvemos

En la airada tormenta procelosa,  
En tí esperamos y en tu amor creemos,  
Y á tí tornados á tu piés caemos.

Porque del hijo santo

Quien ha escupido en la divina cara,  
Arrepentido al cabo ¿á quién mostrará  
Más que á la madre el doloroso llanto?

¡Ah! ¿Quién le comprendiera,  
Ni quién capaz para enjugarle fuera,  
Sino quien puede de su dulce boca  
Con la dulce sonrisa

Calmar la ira que el baldon provoca.  
Como disipa la apiñada niebla  
El lento soplo de la blanda brisa?

¡Oh, dulce madre celestial y bella,  
Feliz mil veces quien á tí se acoge  
Y el norte sigue de tu fija estrella  
Y tu divina luz constante adora!

¡Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,  
Cuya infantil confianza  
De la luz de tu esperanza  
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada  
Por Don Juan, fría y oscura;  
El aire revuelto augura  
La vecina tempestad.  
Ni un astro al azar perdido  
En el cielo azul riela,  
El aire que corre hiela;  
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla;  
Por las bóvedas sombrías  
De sus largas galerías  
Ni un viviente, ni una luz.  
Ninguna perdonó el soplo  
Del viento desordenado;  
Toda la tierra ha enlutado  
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto  
Las hojas medidas suenan;  
Y el claustro vecino llenan  
De ruido amedrentador,  
Que prolongado en la bóveda,  
Y perdido en su hondo hueco,  
Sin cesar le arrastra el eco  
De uno en otro corredor.

A veces por un instante

Todo el ámbito ilumina  
La claridad repentina  
De un relámpago fugaz,  
Y en el momento en que todo  
A la vista se presenta,  
Todo de formas aumenta  
Y todo cambia de faz.

Allá, á través alumbrado,  
De un arco el contorno crece,  
Y un antro infernal parece  
De cárdeno resplandor:  
Allí las verjas clavadas  
En los pilares sujetos,  
Fugitivos esqueletos  
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,  
Sobre una puerta enrollado,  
Semeja un monstruo enroscado  
Que se arrastra en un rincón,  
Allí empinado en su losa  
De algun fundador el busto  
Remeda con fiero susto  
Gigantasca aparición.

Acongojada la mente  
Con tan várias ilusiones,  
Redobla las aprensiones  
Que la vienen á turbar;  
Y engañanos los sentidos,  
La lengua á invocar no acierta  
Favor, ni la planta incierta  
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro  
Nos salen á un punto mismo;  
Do quiera se abre un abismo  
Donde avanzamos el pié,

Do quiera una sombra horrible  
Nos descarria y espanta,  
Y se anuda la garganta,  
Y se acobarda la femina  
Noche medrosa era en suma  
La elegida por el mozo,  
Aunque él obra sin rebozo,  
Remordimiento ni afan:  
Y atribulada en su celda  
Esperaba Margarita  
El momento de la cita  
Postrimera de Don Juan.  
Su mente infantil, curiosa,  
Ansiaba el dulce momento  
Mas vago remordimiento  
La roia el corazon,  
Y recostada en su lecho,  
Sin apagar su bujía  
Luchaba, mas no podia  
Con la loca tentacion.  
De aquellos seres fingidos  
Por Don Juan con la presencia  
Se amedrentaba, en Palencia  
Creyéndoles ya tel vez;  
Y se fingia entre sueños  
A sus quietos moradores  
Envueltos en los horrores  
En que cree su candidez.  
Más apacible otras veces,  
Su ilusion la presentaba  
Mil sombras que engalanaba  
Su imaginacion pueril;  
Y recorria entre sueños  
Los encantados espacios  
De los mentidos palacios

De su seductor gentil.  
Blanca palomo perdida,  
Prójima á tender su vuelo  
Para buscar otro cielo  
Más diáfano en que volar,  
Media el espacio inmenso  
Que recorrer intentaba,  
Y ántes de alzarse dudaba  
Si le podria cruzar.  
Tal vez sentia su nido  
Dejar allí abandonado  
Do habria tal vez gozado  
De su ventura mayor:  
Mas ciega y enamorada,  
Y acaso falta de aliento,  
Iba á lanzarse en el viento  
Para seguir á su amor.  
Pobre barquichuela débil,  
Que en pos de nave entonada  
Salia desesperada  
Sin más norte que el azar,  
Tal vez temia la triste  
Que una tormenta futura  
La sorprendiera en la altura  
Del no conocido mar.  
Y aunque fiada en su breve  
Tranquilidad engañosa,  
Imprudente ú orgullosa  
Se preparaba á partir;  
Temia que una vez suelta  
Botada á la mar bravía,  
Fuera imposible la vuelta  
Y el fondo su porvenir.  
Mas ; ay, así estaba escrito!  
De oculto sino impelida,

De su azarosa partida  
La hora precisa llegó :  
Llegó, y al fin Margarita,  
Que oído prestaba atento,  
Oyó perderse en el viento,  
Los dos golpes del reloj.  
Salió cautelosa y tímida  
De su celdilla temblando,  
A todas partes mirando,  
Y á tientas guiando el pié ;  
Mas ya en la lucha postrera,  
Prójima á colmar su falta,  
Siente que el pesar la asalta,  
Y que renace su fe.  
Al corazon se le agolpan  
Mil vagos remordimientos,  
Mil vagos presentimientos  
De incomprensible pavor,  
Y en su creencia sencilla,  
Del Dios mismo á quien ofendé  
Tal vez recibir pretende  
Perseverancia y valor.  
Cruzó el solitario claustro,  
Bajó el caracol estrecho,  
Y á una ventana en acecho  
Quiso un instante posar ;  
La tempestad empezaba,  
La lluvia espesa caía,  
Y el recio viento la hacia  
Sobre los vidrios botar.  
« ¡ Qué noche ! dijo espantada,  
» ¡ Si habrá Don Juan desistido ! »  
Mas percibiendo ruido  
Por las tapias del jardín,  
Escuchó sobrecojida

Y en un postigo inmediato  
La seña oyó á poco rato  
Que la avisaba por fin.  
No esperó más : con pié rápido  
Ganó el último aposento,  
Deseando del convento  
Los límites trasponer,  
Y ya del sacro recinto  
Fuera la planta ponía,  
Cuando en una galería  
Una luz alcanzó á ver.  
Detúvose á los reflejos  
De aquella luz solitaria,  
Y lágrima involuntaria  
Sus pupilas arrasó.  
Soltó el cerrojo, asaltada  
Por una dulce memoria,  
Y al claustro precipitada  
La pobre niña volvió.  
Por imbécil ó insensible  
Corazon vil que se tenga,  
Fuerza es que alguna mantenga  
Consoladora ilusion ;  
Y por más que sea odiosa  
La mansion donde se pasa  
La vida, siempre á la casa  
Se apega nuestra aficion.  
Siempre, aunque sea una cárcel,  
Hay un rincon olvidado  
Do alguna vez se ha gozado  
Un instante de placer,  
Y al dejarle para siempre,  
Conociendo que le amamos,  
Un ¡ adios ! triste le damos,  
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada  
 Pasó en el claustro su vida,  
 A dar una despedida  
 Tornó á su amado rincón;  
 Porque en la virtud criada  
 Y segura en su creencia,  
 Uno buscó en su inocencia  
 Su cándido corazón.

En un altarecillo humilde,  
 En un corredor alzado,  
 De flores siempre adornado  
 Y alumbrado de un farol,  
 De una Concepcion habia  
 Primorosa imágen una,  
 A quien calzaba la luna  
 Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,  
 Mas la escultura divina  
 Tan bella y tan peregrina,  
 Que era imposible pasar  
 Por delante sin que un punto  
 El celestial sentimiento  
 De su rostro, el pensamiento  
 Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita  
 El rincón privilegiado;  
 Ni una noche se ha pasado,  
 Mientras en el claustro vivió,  
 En que allí no haya venido  
 Humildemente á postrarse,  
 Y en manos á encomendarse  
 De la que nunca pecó.

La pobre niña, agobiada  
 De soledad y fatiga,  
 Buscó en su encierro una amiga

En quien creer y esperar;  
 Y hallando aquella escultura  
 Tan amorosa y tan bella,  
 Partió su amistad con ella  
 Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,  
 La hizo ramilletes bellos,  
 Puso escondidos en ellos  
 Aromas de grato olor;  
 Tendió á sus piés una alfombra,  
 Y en un farol que ponía  
 Conservaba una bujía  
 Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando  
 Aquella luz solitaria  
 Vino la última plegaria  
 Con lágrimas á exhalar,  
 Y allí á la divina imágen,  
 Con voz triste y lastimera,  
 La dijo de esta manera  
 De hinojos ante el altar :

« Ya ves que al fin es preciso

- Que deje yo tu convento,
- Mas ya sabes que lo siento,
- ¡Oh Virgen mia, por tí.
- Y puesto que de él sacarte
- No puedo en mi compañía,
- No me abandones, María,
- Y no te olvides de mí.

- ¡Ojalá entre mis hermanas
- Hubiera otra Margarita
- Que con tu imágen bendita
- Obrára como ella obró!
- ¡Ojalá esta luz postrera
- Que en esta noche te encendio

» Estuviera siempre ardiendo  
» Mientras te faltára yo!  
» Mas ¡ay! ninguna te quiere  
» Como yo, y son mis angustias  
» Pensar que estas flores mustias  
» A tus piés se quedarán,  
» Y se apagará esa vela,  
» Se ajarán tus vestiduras,  
» Y los que pasen á oscuras  
» Tu hermosura no verán.  
» Al fin yo parto, Señora;  
» Mi confianza en tí sabes,  
» En prueba toma esas llaves  
» Que conservo en mi poder.  
» Guárdalas : otra tornera  
» Elige á tu gusto ahora,  
» Y el cielo quiera, Señora,  
» Que nos volvamos á ver.  
Así Margarita hablando,  
Con lágrimas en los ojos  
Ante la imagen de hinojos  
Los sacros piés la besó :  
Y dejándola las llaves,  
Y encendida la bujía,  
Traspuso la galería,  
Ganó el jardín y partió.  
Quedóse el claustro recóndito  
Por el farol alumbrado  
Que dejó al irse colgado  
Margarita en el altar,  
Y sólo se oyó tras ella  
El rumor del aguacero,  
Y el soplo del aire fiero  
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,  
Y al revolver una calle,  
Un mancebo de buen talle  
Y resuelto continente  
Con otro dió que volviendo,  
La esquina del otro lado  
Con él se quedó encarado  
Cual memoria de él haciendo,  
Y al fin ambos contemplándose,  
A poco reconocidos,  
Se abrazaron decididos,  
En tal coloquio trabándose:

*D. Gonzalo.* ¡Por vida mia! Don Juan,  
¿Pues cómo en Valladolid?  
*D. Juan.* De paso para Madrid.  
*D. Gonzalo.* ¿A las fiestas?  
*D. Juan.* Todos van.  
*D. Gonzalo.* Mas falta un mes todavía.  
*D. Juan.* Paréceme, Don Gonzalo,  
Que llegar pronto no es malo :  
Ya sabéis que es mi manía.  
Doquier que de diversion  
Barrúnto un ligero asomo,  
Lo ménos para ir me tomo  
Un mes de anticipacion.  
*D. Gonzalo.* ¿Y para qué tiempo tanto?  
*D. Juan.* Si la funcion sale huera,  
Yo no me pierdo siquiera  
Todo el mes que me adelanto.  
*D. Gonzalo.* A fe que razon os sobra  
Y á poder irme con vos...  
*D. Juan.* ¿Teneis que hacer, vive Dios,



Mas que ponerlo por obra ?

*D. Gonzalo.* Y mi tutor ¿ qué dira :

*D. Juan.* ¿ Pensais que en este momento  
Mi padre estará contento ?

*D. Gonzalo.* Vos pues...

*D. Juan.* La pregunta está  
De más : mas ved que os aviso  
Que si os venís á Madrid,  
Salir de Valladolid  
Dentro de una hora es preciso.

*D. Gonzalo.* ¿ Cosa es tan desesperada ?  
Yo nada tengo dispuesto.

*D. Juan.* ¡ Por Dios ! que es grave pretexto!  
Jamás dispongo yo nada  
Y logro cuanto deseo.

*D. Gonzalo.* Los medios que usais ignoro

*D. Juan.* ¡ Busco un puñado de oro,  
Tomo un jaco, y Laus Deo !

*D. Gonzalo.* ¡ Ya ! jacos tengo yo dos,  
Mas dineros...

*D. Juan.* ¡ Grande afán !  
Vended el uno á un chalan.  
Y echad en el otro vos.

*D. Gonzalo.* Dadlo por hecho.

*D. Juan.* Atended,  
Don Gonzalo; mejor fuera  
Tomar un coche si hubiera.

*D. Gonzalo.* ¿ Pues qué tiene su merced  
Que le estorban los caballos ?

*D. Juan.* ¿ Qué sé yo ? tengo una yegua  
Que apenas anda una legua...

*D. Gonzalo.* ¿ Se resiente de los callos,  
Eh ? Pero como gustéis,  
Decision es lo que importa.

*D. Juan.* Pues la cuestien es muy corta

Mis dos caballos podeis  
Vender tambien, y en una hora  
Yo tendré coche buscado,  
Pues va otro asiento ocupado.

*D. Gonzalo.* ¿ Por quién ?

*D. Juan.* Por una señora.

*D. Gonzalo.* ¡ Hablarais para la noche,  
Cuerpo de tal !

*D. Juan.* Bien, pues id,  
Y á las puertas de Madrid,  
Vos con oro y yo con coche  
Dentro de un hora estaremos :  
Más no digais dónde vamos,  
Que somos dos y bastamos  
Para ir como merecemos.

*D. Gonzalo.* Iré.

*D. Juan.* La hora cabal.

*D. Gonzalo.* Ya veréis mi rapidez :  
Allí estoy fijo á las diez.

*D. Juan.* Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso  
Partieron á su destino  
Cada cual por su camino  
Y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,  
Y en el tiempo que escolar  
Fué Don Juan, para habitar,  
Tomaron cuartos contiguos.

Por eso se conocian  
Tan á fondo ambos á dos,  
Y el uno del otro en pos  
Mil locuras emprendian.

Y aquí, lector, por no ser  
En demasia prolijo,

Que te imagines, elijo  
Lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes  
Que ambos de orillar tuvieron,  
Y el cómo se compusieron  
Para obrar tan diligentes,

Te aseguro que se ignora;  
Mas lo cierto de este asunto  
Es que estuvieron á punto  
Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló  
Y el coche les aguardada,  
Y Don Gonzalo llegaba,  
A quien Don Juan demandó:

*D. Juan.* ¿Qué hay, Don Gonzalo?

*D. Gonzalo.* Tomad.

*D. Juan.* ¿Cuanto?

*D. Gonzalo.* Sesenta doblones.

No pude de esos bribones  
Conseguir más cantidad.

*D. Juan.* ¡Bah! Don Gonzalo, si os pesa  
Que el número sea tan vil,  
Yo traigo aquí más de mil  
Para ayuda de la empresa.

*D. Gonzalo.* Adelante pues.

*D. Juan.* ¡Pues arrea!  
Mayoral, pica el ganado,  
Que el viaje será apreciado  
Conforme el camino sea.

Y al punto sin más azares  
Aprontaron el transporte  
Y echáran hácia la córte  
De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues,  
Y trocada la fortuna

Estaba ya para todos,  
Que todo el tiempo io muda.

Lanzados del mar del mundo  
Entre la corriente turbia

Margarita, Don Gonzalo,  
Y Don Juan, los tres tres á una

Las heces de los deleites  
Apuraban en hartura,

Repletos hasta el hastio  
De sus delicias inmundas.

Pasado habian las fiestas  
Que los reyes acostumbraban

A dar á sus pueblos cuando  
Su padre baja á la tumba.

Fueron las que el Conde-Duque  
Dió á Felipe Cuarto muchas,

Y ellos corrieron en ellas  
En brazos de la locura.

Más de su oro disipada  
La crecidísima suma,

Harto Don Juan de la monja,  
Que sus desvíos acusa,

Dudosa de los dos mozos  
La amistad, que poco dura

Entre quien de ella pagándose  
Inconsiderado abusa,

Del porvenir de los tres  
El horizonte se anubla,

Y la discordia fermenta  
Dentro sus almas oculta.

Y tantas nubes preñadas  
De descontento se agrupan,

Que está la tormenta prójima

A desatarse con furia  
Al menor soplo de viento  
Que la impela ó la sacuda,  
; Tan poco del mundo estéril !  
Las satisfacciones duran !  
Don Gonzalo, que debiera  
Mirar de Don Juan la mucha  
Generosidad, mostrándole  
Ciega confianza mutua,  
Pues usa de cuanto tiene  
Y hasta de su nombre usa,  
De su amistad poco á poco  
Afloja las ligaduras.  
Sus negocios le recata,  
De sus conquistas nocturnas  
No le da parte, y descubre  
A Margarita las suyas.  
De un lado atiza los celos,  
De otro sospechas abulta,  
Y en fin su prójima vuelta  
A sus hogares anuncia.  
Don Juan no lo siente y calla,  
Porque Don Juan no se cura  
Más que de vivir gozando.  
Mientras que sus oros triunfan.  
Y Don Gonzalo, que advierte  
Que éstos están en las últimas,  
Pretextos busca á sus solas  
Para afejar su conducta.  
Que es Don Gonzalo hombre pérfido  
Que la envidia disimula  
De quien es mejor que él,  
Y cuya alma no renuncia  
A una venganza que siempre  
A medios mezquinos junta :

Díscolo en fin, aunque acaso  
Su educacion le disculpa.  
Entre aquestos dos espíritus  
Maléficos que le turban,  
Margarita, el hondo calíz  
De las desdichas apura.  
Margarita, que engañada  
Consintió y necia en la fuga,  
Y salió exhalada al mundo  
De los deleites en busca,  
Cual mariposa perdida  
Por el aura, que perfuman  
Mil flores entre las cuales  
Vaga errando de una en una,  
Mas que al apoyarse en ellas  
Se estremecen y la asustan,  
Y aturdida y fatigada  
No osa parar en ninguna.  
Hoy siente que la atormenta  
Melancolía profunda,  
Y uno tras otro sus días  
En el pesar se sepultan.  
Y ve sus mil ilusiones  
Que al precipicio se agrupan  
Del abismo de la nada,  
Donde con mano insegura,  
En los bordes se mantienen  
En desesperada lucha,  
Y unas tras otras al cabo  
Sin remedio se derrumban.  
« ¿ En dónde están (se decia)  
• Los sueños de mi ventura?  
• ; Aquel país encantado  
• Que exento estaba de angustias,  
• Cuadro espléndido y magnífico

- Con una sola figura,
- Que era ese Don Juan que ahora
- Duelos sobre mi acumula!
- ¿Por qué le he creído ¡necia!
- Por que le he creído nunca?
- ¿Qué he encontrado yo en sus brazos
- Sino ficción y locura?
- Qué me ha dado en sus caricias
- A beber más que cicuta?
- ¿Qué espero de sus promesas
- Sino que jamas se cumplan?
- Arrastrada entre sus vicios,
- Y entre sus orgias impuras,
- Su amor me devora el alma,
- ¡Y él se harta de mi hermosura!
- Sí, por otro amor me deja
- Encerrada en esta oclusa
- Mansion, mientras él va ciego
- Tras de quien su amor rehusa,
- Tras esa beldad vendida,
- Que abre á la codicia pública
- Sus gracias para que vaya
- A hozar en ellas la chusma,
- Y cuyos torpes aplausos
- La envilecen y la ensucian,
- Pues la apellidan á un tiempo
- Celestial y prostituta.
- ¡Ah! los celos me devoran,
- La envidia, el ódio me abruma,
- ¡Yo le amo!..... y es imposible
- Que su indiferencia sufra.
- El me sedujo; él mis ojos
- Abrió á la luz de la culpa;
- Yo era una pobre inocente,
- Mi alma era cándida y pura,

- Sus palabras me eran dulces,
- Como una lejana música,
- Más ardientes que un volcan
- Y más que una lanza agudas,
- ¿Qué hiciera yo más que oírse las
- Con idolatría estúpida?
- ¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
- A mi sencillez inculca
- Y á mi inocencia del claustro?
- ¿Quién amansará la furia
- De este amor y esta conciencia,
- Que para herirme se juntan?
- Y es cierto cuanto en su duelo
- La niña infeliz pronuncia,
- Porque Don Juan la abandona,
- Harto ya de su hermosura.
- Mozo sumido en los vicios
- De juventud disoluta,
- Todos los gustos le cansan
- Si más de una vez los gusta,
- Y mientras hallaba encantos
- Su pasión, entónces única,
- De la bella Margarita
- En la virtud, su alma impura
- Adoraba sus hechizos
- Locamente, y más la lucha
- Con su virtud empeñaba,
- Aun de su victoria en duda
- Pero al punto en que sus ansias,
- Que por eternas la juró,
- Traslado á su corazón,
- Ya de su amor se disgusta,
- Y pues no espera otros nuevos,
- Y sus caricias le cansan,

Y le enojan sus preguntas,  
Y le fastidian sus quejas,  
Y su compañía excusa,  
Y ella acosada de celos,  
Y herida de sus repulsas,  
Sus pensamientos acecha  
Y sus palabras estudia.  
A veces desatinada  
Y colérica le insulta,  
A veces los pies le besa,  
Y á veces humilde y muda  
En cuantos gustos le advierte,  
Darle contento procura.  
Mas él ni en una mirada  
Su amarga afliccion la endulza,  
Ni una palabra la dice  
Que confianza la infunda.  
La espalda vuelve en silencio  
Y tal vez con una injuria  
Compensa sus atenciones  
Que no la agradece nunca,  
Y ella se queda llorando,  
Y él sale, la faz ceñuda  
Tras una mirada incierta  
De la bailarina impudica.  
Y entre tanto Don Gonzalo,  
Que calla, mira y escucha,  
Cobra hastío de Don Juan,  
Cuya elegancia y bravura  
Se llevan la primer parte  
En amores y en fortunas:  
Y él tiene, mas que le pese  
Que apechar con la segunda,  
Que es cual todos los imbéciles  
Que con los pillos se juntan,

Un inferior que acompaña,  
O que divierte ó que ayuda,  
Pero al fin del sol del otro  
Satélite que no alumbra,  
Mas van tres meses que arde  
Oculto el fuego, y en suma  
No puede cumplirse el cuarto  
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas  
Tristes, nubladas y lóbregas  
En que la luz de los astros  
Rasgar no puede la atmósfera:  
En que un vapor se respira  
Que en vez de aliviar sofoca,  
Y en que la calma parece  
De desastres precursora.  
Don Juan, en un negro acceso  
De calentura amorosa,  
Y al ver que ni una sonrisa  
De la bailarina logra,  
Dejó su casa llevando  
Con él su riqueza toda,  
Y resolvió por el juego  
Tentar la fortuna loca.  
Lanzóse pues en sus brazos,  
Pero la inconstante diosa  
Mostrábele como siempre  
La faz amenazadora.  
Quedábanle ya tan sólo  
Sus diez postrimeras doblas,  
Cuando á una carta sin tino

Levantándose tirólas.  
La suerte fué aquella vez  
Ménos cruda que las otras,  
Pues se cambió de repente :  
Y él, que jamas la malógra,  
De oro y de amor insensato  
En la sed que le devora,  
Todo de una vez lo arriesga,  
Todo de una vez lo cobra,  
Y comprimidos los labios,  
Las pupilas en las órbitas  
Rodando desconcertadas,  
Burlando la astucia pronta  
De los jugadores pálidos  
A quien impone su torva  
Mirada, el mozo impertérrito  
Oro sobre oro amontona.  
Ya juegan sobre palabra  
Y en vez de monedas joyas,  
Y Don Juan que ve su suerte  
Las admite y las abona.  
Ansiosos la tientan todos  
Una vez y otra vez y otras :  
Mas siempre en vanó, el mancebo  
Va tan certero que asombra.  
En fin Don Juan, satisfecho  
De fortuna tan dichosa,  
Se alzó, asomando á sus labios  
Una sonrisa diabólica.  
Nadie le habló una palabra,  
Ni saludó él á persona,  
Guardó el dinero sin cuenta  
Y devolviendo las joyas  
Tomó la puerta en silencio;  
Y aquellos á quien despoja

Le vieron por la escalera  
Sumirse como una sombra.

• Todo lo puede el dinero, •  
Dijo en la calle á sus solas,  
• Lo que al valor no se rinde  
• Verémos pues si con oros  
• Hacemos más que con horas, •  
Y así hablando, en el teatro  
Compró silla y ocupóla.  
Bra ya tarde y la fiesta  
De aquella noche era corta,  
Que daban una comedia  
De Lope, sin otra cosa.  
Estaba pues concluyéndose  
Cuando entró : mas era otra  
Su intencion que la de oírlo,  
Porque concluida toda,  
Fué al vestuario, y con maña  
Llamando aparte á una moza  
Que él sin duda conocia,  
La interpeló en esta forma :  
• Toma esos ocho doblones  
• Y á esa Sirena engañosa  
• A quien sirves, si te estimas,  
• Dirás lo que aquí me oigas.  
• Y es: que hay un noble extranjero  
• Que, al verla tan seductora,  
• Volver no quiere á su patria  
• Sin un adios de su boca.  
• Que si mañana en su casa  
• Cenar con él no la enoja  
• En presencia de un amigo  
• Y de una fiel servidora,